

Un cobijo en el corazón

Lema: Quimera de Arezzo

“... o acaso esa tristeza que hay detrás del amor...”

J. M. Caballero Bonal

Se llama Estefanía y vende pulseras. Lo hace en un puesto callejero, apenas unas tablas de aglomerado sostenidas por cajas de plástico, una sábana a modo de tapete y los destellos de su preciada mercancía bajo esa luz mortecina desprendida por una hilera oscilante de bombillas de bajo consumo. Las pulseras de cuentas de nácar las vende a tres euros y son las más delicadas de elaborar. Su padre utiliza una lezna para abrir agujeros diminutos en el centro de las conchas pulidas y barnizadas de turquesa o de escarlata. Luego, una a una, las embriada con bramante carmesí hasta formar un círculo rematado por un nudo del todo invisible para los ojos no entrenados. Las pulseras de cuentas de cristal tallado las ofrece a dos euros. Las piezas ya vienen con la perforación practicada y es su madre la que las apareja utilizando hilos elásticos que cierra con un nudo algo más burdo. Las más baratas son las pulseras de cuentas de plástico. Las vende a un euro porque no precisan mano de obra. Las compran al por mayor, en bolsas transparentes de cien o doscientas unidades y en la etiqueta de los envases se puede leer que están fabricadas en la P. R. C. Dice mi padre que las letras P. R. C. quieren decir que el producto está elaborado en la República Popular China, un país de oriente famoso por disponer de una muralla muy antigua que, a modo de columna vertebral, recorre gran parte de su territorio. También se conoce por ser la nación más poblada del planeta, por el cerdo agridulce que se sirve en sus restaurantes y por las tiendas de todo a un euro y de veinticuatro horas que proliferan en la ciudad.

Estefanía también vende pulseras de hilos de colores. Su hermano mayor es muy hábil y se encarga, por el ajustado precio de dos euros, de trenzar los hilos y de bordar en el anverso el nombre requerido por los clientes. Como el verano me proporciona mucho tiempo libre, cada

tarde, después de merendar, me acerco al paseo marítimo y hablo un ratito con la niña. El otro día me contó que tenía once años y que nació en un pueblecito llamado Azama, cerca de Quito, la capital de Ecuador, un pueblo al que sólo se llega por caminos ahogados en polvo. Allí aún vive su abuela, una ancianita de cuerpo vivaracho y ojos dulces que le enseñó a expresarse en lengua quechua, en el idioma de sus antepasados, los incas. Dice mi padre que la civilización Inca extendía sus dominios, hace unos quinientos años, por entre la cordillera de los Andes, por Ecuador, Perú, Bolivia y parte de Chile, que cultivaban patatas, maíz y tomates, que pastoreaban rebaños de llamas y alpacas, que su capital era Cuzco y que adoraban al sol, a la luna y a la lluvia en templos construidos con piedras labradas de gran tamaño. También dice mi padre que el imperio inca perdió la guerra contra unos pocos españoles comandados por Francisco Pizarro, pero Estefanía no parece guardarnos ningún rencor. España es ahora su hogar y los niños de aquí, según me dice, le caemos bastante bien.

Cuando no hay clientes, la niña se entretiene canturreando baladas de su tierra con una voz frágil, vibrante, muy parecida a las cuerdas del laúd que rasgaba mi abuelo todas las Nochebuenas en su casa, en su pueblo de casas blancas y calles intrincadas, muy cerca de la sierra, alrededor de la mesa familiar y siempre cerca de un fuego vigoroso que me hacía olvidar el sueño y los deberes pendientes del colegio. A Estefanía le gusta colocar, con rigurosidad de coleccionista y sobre su precario mostrador, las pulseras, los anillos, los collares de perlas de imitación y los colgantes con cuentas de latón o de obsidiana que reverberan con ímpetu la luz pálida de las bombillas de bajo consumo. Dice mi padre que la obsidiana es una piedra volcánica de color negro o verde muy oscuro y que el latón resulta de la aleación del cobre con el cinc. Cuando todo el género está en orden, la niña hace pasar su trenza de azabache por el hombro, apoya sus manos en la cintura y despliega una sonrisa amplia, diáfana, acompañada de un pestañear leve que sólo permite el paso a las briznas de la felicidad. Estefanía es una niña feliz. Lo sé porque sonrío con los labios y con las pupilas al contemplar el vuelo rígido de las gaviotas, al escuchar ese gorjeo a goznes oxidados de los charranes, al sentir en sus tobillos el

verberar cálido de las olas y de la espuma, al vislumbrar el disco rojizo de la luna emergiendo por entre un horizonte de agua salada y brumas tenues tachadas ya por el crepúsculo. La suya es una sonrisa natural, dehiscente, como esas frutas en sazón que se abren al calor del otoño para entregar sus semillas a una tierra que las espera; como si su boca no supiera o no quisiera adoptar ningún otro gesto.

Una tarde le pregunté por qué sus padres habían elegido ese nombre para ella, un nombre de princesa que me recordaba esos cuentos cercanos de mi más cálida infancia, cuentos cuajados de reyes, nobles, lacayos, mastines y palacios fastuosos contruidos de mármol, vestidos de seda, amueblados de ébano y decorados con nácar y cristal, decorados con los destellos de sus pulseras. No me contestó. Se limitó a encogerse de hombros, a mirarme con los mismos ojos dulces de su abuela y a tararear una de esas canciones de su tierra. Dice mi padre que, a veces, los nombres de los hijos reflejan los sueños de sus padres; que, probablemente, los padres de Estefanía, al no poder ofrecer a su hija una vida libre de apuros económicos, quisieron legarle al menos un nombre que, al ser pronunciado, trasladara la imaginación a un mundo de leyenda, muy cerca de esas princesas que sólo habitan en los cuentos o en el papel satinado de las revistas del corazón.

El mar y la piscina son mis diversiones favoritas en verano. Tanto es así que el otro día cogí frío al salir del agua. Era ya tarde y había olvidado la toalla en casa, así que me resfrié. Estuve cuatro días sin levantarme de la cama, con algo de fiebre y un dolor de cabeza tenaz, como si me golpearan las sienes con el rodillo de madera que utiliza mi madre para extender la masa de las pizzas. Dice mi padre que para los resfriados viene muy bien el descanso, los zumos de naranja y la leche caliente endulzada con miel. La verdad es que durante esas noventa y seis horas de convalecencia llegué a echar de menos a Estefanía. Era ya mi amiga, una de esas amigas que se anudan sin esfuerzo a los hilos de los sentimientos y de las que ya no resulta fácil prescindir.

Una vez repuesta a base de disciplinadas cucharadas de jarabe y de tazas de leche caliente con miel, corrí al paseo marítimo. Corrí, pero no encontré a mi amiga. En el lugar que ocupó su

puesto, se agolpaban un carrito que ofrecía algodón de azúcar y un tenderete abarrotado de juguetes, de globos y de unas inquietantes pistolas de plástico fabricadas en la P.R.C. que disparaban ráfagas de burbujas tornasoladas. Anochece. Entregué la mirada al mar, comprobando que nada había cambiado, el vuelo rígido de las gaviotas, el gorjeo a goznes oxidados de los charranes, el verberar cálido de las olas, la luna blanqueando sobre un horizonte de agua salada y brumas tenues tachadas por el crepúsculo. Sí, todo estaba en su lugar. Todo menos su pestañear leve y su sonrisa amplia, diáfana. Todo menos la sonrisa de los labios, de las pupilas de Estefanía.

.....

Es otoño y ya han empezado las clases de sexto de primaria. Estoy lejos del mar, lejos de la piscina, lejos ya de las rutinas de mis últimas vacaciones. Hoy he llevado al colegio una pulsera de las que se ofrecían en el puesto de Estefanía. Es de cuentas de nácar embridadas de bramante y teñidas de escarlata. Su padre realizó un buen trabajo. Es preciosa. Costaba tres euros, pero Estefanía, haciendo caso omiso a mi insistencia, no permitió que se la pagara. Es un regalo, me dijo. Y esbozó una de sus sonrisas, una sonrisa natural, dehiscente que trasladó a mis ojos, durante un instante, todas las briznas de su felicidad. No puedo olvidarme de ella, quisiera saber dónde y cómo se encuentra, si habrá comenzado las clases, como yo, o si continuará vendiendo pulseras de cristal y colgantes de obsidiana tras un mostrador ambulante. Dice mi padre que no me preocupe, que ella estará bien, que el oficio de sus padres requiere movilidad geográfica y que, probablemente, el verano que viene regresará con su familia al mismo paseo marítimo donde la conocí. Dice también mi padre que los buenos amigos, aunque vivan lejos y no podamos disfrutar de su compañía, jamás dejan de estar a nuestro lado. Sólo tenemos que cerrar los párpados y pronunciar sus nombres, en silencio. Enseguida los veremos sonreír desde ese rincón que siempre está preparado para acogerlos, desde ese mullido cobijo de nácar y cristal que, al parecer, el cariño dispone en el umbral del corazón.